







Hasta ahí nomás

Mario Capasso

Microcuentos

Premio Edición "Luis Di Filippo" - 2014
ASOCIACIÓN SANTAFESINA DE ESCRITORES



CERTAMEN DE MICROCUENTOS "LUIS DI FILIPPO" - EDICIÓN 2014
ASOCIACIÓN SANTAFESINA DE ESCRITORES

ACTA DEL JURADO

En Santa Fe, el treinta y uno de julio de dos mil catorce, siendo las dieciséis, se reúnen en la sede de la Biblioteca Municipal "Prof. Enrique Muttis" el escritor Osvaldo Barbieri, integrante del Jurado del Certamen de Microcuentos "Luis Di Filippo" y las coordinadoras de dicho Certamen, escritoras Miriam Noce y Elda Sotti, quienes en este acto representan a la Asociación Santafesina de Escritores. El objetivo es conferir los premios correspondientes a la Edición 2014. Los escritores Emma Cano de Candiotti y Orlando Van Bredam, también miembros del Jurado, no se encuentran presentes por razones particulares justificadas, pero han enviado sus dictámenes.

Luego de la lectura y análisis de los trabajos presentados, el Jurado decide otorgar los siguientes premios:

Premio Edición "Luis Di Filippo": Obra *Hasta ahí nomás*, seudónimo "Deslinde". Autor Mario Capasso, domiciliado en Villa Martelli, Provincia de Buenos Aires. Este galardón se concede por unanimidad.

Primera Mención: Obra *Made in Lilliput*, seudónimo "Niño de cobre". Autor Germán Bartizzaghi, domiciliado en la localidad de Pilar, Provincia de Santa Fe.

Segunda Mención: Obra *Dip turú bi dap*, seudónimo "Antares". Autor Jorge Gustavo Flores Soler, domiciliado en Alta Gracia, Provincia de Córdoba.

Tercera Mención: Obra *así de chiquititos*, seudónimo "emme". Autora Mirta Krevneris, domiciliada en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

No habiendo para más, se da por finalizada la reunión siendo las diecisiete y treinta. Firman al pie y de conformidad el miembro del Jurado presente y las coordinadoras.

Miembro del Jurado: Osvaldo Barbieri

Coordinadoras: Miriam Noce - Elda Sotti

A S D E
Asociación Santafesina de Escritores
Entre Ríos 2703 1º P. Dpto. "A"
Casilla de Correo N°15 - Correo Central - (3000) Santa Fe - República Argentina
E-mail: zunygaite@hotmail.com



Hasta ahí nomás

Mario Capasso

Microcuentos

Premio Edición "Luis Di Filippo" - 2014



Capasso, Mario

Hasta ahí nomás. - 1a ed. - Villa Martelli : el autor, 2014.

90 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-33-5957-6

1. Narrativa Argentina. 2. Cuento. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 04/09/2014

Todos los derechos reservados. *All right reserved*. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro (sea diseño o texto de tapa o interior) por cualquier medio o procedimiento químico o mecánico, incluyendo el tratamiento informático, la reprografía y distribución por redes (Internet, etc.), sin solicitar el permiso escrito del autor. Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*. Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723.

MARIO CAPASSO

Mario Capasso nació el 9 de Marzo de 1953, en Villa Martelli, localidad del Gran Buenos Aires, República Argentina, en la que continúa residiendo.

Literariamente, se ha formado con Beatriz Isoldi, Nilda Adaro, Federico Jeanmaire y Luciana Carolina De Mello.

Ha publicado cuatro libros:



El futuro es un tropel absurdo, cuentos, año 1999.

El Edificio, Una novela en escombros, novela, Ediciones AQL, año 2002.

Piedras heridas, cuentos, Ediciones Corregidor, año 2005 (2do. Premio del Fondo Nacional de las Artes, año 2003-Jurado: Ana María Shua, Vicente Battista y Juan José Hernández).

La Ciudad después del humo, novela, Martelli y López Editores, año 2011.

La novela *El Edificio, Una novela en escombros* ha sido traducida y publicada en Francia en 2012 por Editions La



Dernière Goutte, que también editará durante 2014 el volumen de cuentos *Piedras heridas*.

La novela *La Llanura antes* recibió una mención del Fondo Nacional de las Artes, certamen año 2012. El jurado estuvo integrado por Matilde Sánchez, Daniel Guebel y Juan Ignacio Boido.

Ha escrito, además, tres novelas breves, un volumen de cuentos, dos de minificciones y tres obras de teatro.

EL AVISO

Cada tanto algo resuena dentro de mí y me alerta. Así las cosas, recibido el aviso pero no la receta, me armo con lo necesario y salgo a buscar algunos ingredientes que, me parece, todos juntos o tal vez por separado, en algún momento se convertirán en un manjar o en un pantano para los otros. Mientras camino, presumo que los ingredientes se encuentran muy cerca. Lo indispensable para ayudar a construir el relato se halla bien al alcance de la mano, una verdadera ganga para quien decida aprovecharla sin levantar la perdiz, diría en voz baja si alguien me preguntara al respecto. Sólo es cuestión de recorrer las calles y esquivar los vehículos, observar lo que pasa afuera, arrancar la tapa de alguna alcantarilla y meterse por el agujero, adentrarse en las zonas oscuras y así conseguir instaurar el matete en la cabeza. Cada percepción irá a parar al lugar que le corresponde y al sentarme a escribir procuraré que la mezcla se cocine de la mejor manera y al final, si es que existe un final para este asunto, estaré contento de haberlo intentado una vez más, con el ánimo dispuesto a salir a buscar algunos nuevos ingredientes, cuando llegue la hora y no quede otro remedio que insistir en tratar de encontrar alguna posibilidad que me permita volver a fracasar.

LA PUERTA

La puerta del dormitorio se abrió sin ruido y el hombre, después de atravesarla con éxito, dio los primeros pasos sobre la alfombra, los ojos bien abiertos, más que nada para no caer en alguna trampa que el bosque pudiese haberle preparado. Ya con unas cuantas horas de caminata sobre el lomo, levantó la cabeza y observó el empapelado en las paredes. La mirada le sirvió, entre otras cosas, para identificar a su derecha una rajadura y entonces calculó que, de seguir con ese ritmo de marcha, llegaría al valle poco antes del amanecer y allí podría descansar y recuperar energías. Entusiasmado al imaginar la meta, no se detuvo, más bien todo lo contrario. En una zona especialmente trabajosa, mientras manoteaba con fuerza para abrirse paso entre la vegetación, advirtió que por suerte la luz del velador, que alguien había dejado encendida, lo ayudaba a guiarse entre los árboles y las plantas, que parecían cubrirlo todo, salvo ese caminito que ahora él pisaba con un entusiasmo renovado y que poco a poco iba dejando atrás, al igual que iba dejando atrás la pesadilla en la que él mismo se veía envuelto en una especie de follaje que se le había metido en la habitación, del que sólo se podría librar si lograba atravesar una puerta que veía de reojo.

EL ERROR

El hombre accedió a la zona de la ciudad a la que se llega tan sólo por efectos de un error. Pero, ¿en qué se había equivocado? ¿Dónde fue que metió la pata? Tal vez lo había engañado el color del colectivo, un vehículo que ahora no recordaba muy bien y que quizá ni siquiera había existido. O a lo mejor se había distraído en aras de un porvenir mejor, con más dinero y poder. Por qué no plantearse también la posibilidad de haber seguido a una mujer hasta perderse. En fin. El caso es que ahora se encontraba en medio de una calle solitaria, enmarcado por una especie de neblina carente de olores y otras señales que ayudaran a identificarla, frente a varios carteles en blanco y flechas que indicaban todas las direcciones, y él debía por fuerza elegir un sentido para encarar su salida de allí, tomar partido por una de las opciones que se ocultaban detrás de lo que parecía evidente y no lo era. Comprendió que cualquier nuevo error podía resultarle fatal, y él quería salir de esa encrucijada y regresar al punto de partida, aunque en verdad no sabía muy bien por qué, quizá para tener la opción de pifiarle de nuevo a la vida y sus posibles sentidos, pues de eso y de nada más se trata este asunto del viaje que todos emprendemos alguna vez, se dijo.

EL LÁPIZ

Un gesto de complacencia se dibujó en el cuerpo del historietista cuando vio que el lápiz bosquejaba sobre el papel una sonrisa bonachona en la cara del villano. Al fin había logrado vencerlo, se dijo. Sin demasiados firuletes el bien se había impuesto y la humanidad podía respirar aliviada de una punta a la otra, fuera de peligro por los siglos de los siglos. Al menos algo así pensó el creador de la historia, puesto de perfil, creyéndose a salvo, apenas unos pocos segundos antes de comenzar a escuchar los pasos acercándose. Cuando giró la cabeza, el tablero se sacudió y, muy a su pesar, sin atinar a un bosquejo de defensa, el entorno comenzó a desdibujarse y a rumbar para el lado equivocado, el de la maldad sin nombre ni límites ni compasión, que en seguida se delineó en la cara del dibujante y quedó plasmado en la representación de un enorme ceño fruncido, a punto de quedar afuera del cuadrado correspondiente, en una acción que forma parte de otra historietita que aún está por esbozarse, según alcanzó a decirse, todavía con las palabras dentro del globo.

LA MUCHEDUMBRE

El hombre se encontraba inmerso dentro de la muchedumbre y al parecer se sentía bastante bien allí. Protegido y amparado, se dejaba llevar por el movimiento. Claro que ahora hacía rato que no lograba avanzar ni siquiera un poco. Por más que lo intentara no podía moverse ni para un lado ni para el otro, y lo mismo pasaba con los tipos que advertía a su alrededor. Algunos se habían metido las manos en los bolsillos y el hombre pensó que en cualquier momento sacarían algo de allí adentro, y también pensó que nada bueno podía esperarse del bolsillo de aquellos individuos, que no sabían para dónde ir ni qué hacer con sus vidas y se escondían en la muchedumbre, que de vez en cuando parecía sacudirse pero al final se mantenía quieta, sin atreverse a cruzar la siguiente bocacalle, que vista desde su lugar se advertía como un bastión inexpugnable para el hombre, que comenzó a buscar la posibilidad de un hueco donde entrar a quedarse.

LA PLAYA

El panorama, que puede apreciarse con algún esfuerzo, consta de la playa desierta salvo por la presencia de la mujer. Ella permanece de pie y sabe o intuye que le será muy difícil volver a construir sus castillos de arena, casi imposible, se dice. Tal vez por esa razón no intenta ningún movimiento y las ideas parecen navegar en contra de sus deseos y marchan a los saltos de un asunto a otro, mientras su mirada ni se entera que captura imágenes del océano. La tormenta, que ella descubrió ya empapada, viene a complicarlo todo, porque es en verdad una complicación el mantenerse ahí, de pie frente al mar, mientras los rayos caen a lo lejos y sobre las olas, que se iluminan con los relámpagos y se mezclan con el sonido de los truenos. Es todo parte del mismo fenómeno, piensa la mujer, la Naturaleza exhibe sus distintas caras y no se avergüenza por eso, no tiene por qué, a ella nadie la cuestiona ni la mira mal ni la insulta ni la golpea, se dice de un tirón. Con satisfacción por la descarga de lo que ha dicho, el cuerpo parece aflojarse y, al final de un suspiro, comprende que no tiene nada más que hacer allí, en la orilla del mar que no para de encrespase. Entonces, con el ánimo renovado, la mujer se levanta el cuello del abrigo y, con una sacudida del cuerpo, se echa a andar.

EL TEMBLOR

El médico, ubicado en su sitial frente al paciente, se acomoda los anteojos, carraspea y finge leer por primera vez el informe. A pesar de los años de profesión suele reconocer, ante sus amigos y algunos familiares, que por algún motivo no logra vencer la dificultad que cada tanto se le presenta. Gajes del oficio, se dice mientras continúa con el simulacro de lectura. Y ahí nomás admite, por enésima vez en su vida, resoplando contra su voluntad, que cuando debe anotar acerca de un pronóstico así, tan definitivo a corto plazo por decirlo de alguna manera, no hay mejor promedio ni diplomas ni simposios que valgan la pena. Así las cosas, puesto de lleno en el brete, le resulta imposible mirar directo a los ojos del paciente, que espera sentado el veredicto sin saber qué cara poner o cómo sentarse. Mientras la inquietud va y viene de un lado a otro, el silencio se prolonga escritorio de por medio hasta que el médico mueve la mano derecha y con ese movimiento convoca a la secretaria. Ella recibe el mandato, deja el teléfono descolgado y cierra la agenda, se perfuma en dos o tres toques, entra al consultorio y se sienta en las rodillas del enfermo, que abre bien grande los ojos y que, al ser besado como Dios manda, sufre una especie de temblor y también un placer enorme que le recorre todo el cuerpo, y entonces, al escuchar lo que está escuchando, se siente morir y no le importa.

EL VIENTO

El viento, que al parecer había hecho un viaje bastante largo y sinuoso, al llegar a esa zona de la ciudad debió hacer algunas piruetas para dar vueltas a la manzana hasta que, quizás algo cansado de vagabundear y de andar haciendo macanas por ahí, eligió una ochava y allí comenzó a arremolinarse en su modalidad brisa, ya bastante más tranquilo y relajado, sin molestar a casi nadie. Algunos transeúntes, al advertirlo, se acercaron con una alegría al principio a medio camino y, cuando accedieron al colmo del éxtasis, silbaron canciones ligeras y acompañaron la escena con movimientos diversos, más que nada del tipo vaivén. La situación se prolongó hasta que un policía se identificó como tal y le ordenó al viento circular. Entonces, convertido por la furia en vendaval, le arrancó la gorra al agente del orden y enfiló con todas sus fuerzas para el lado de la comisaría más próxima, decidido a concluir su venganza derribando las paredes y liberando a los que alguna vez habían sentido en la piel sus caricias, y a lo mejor hasta los levantaría de sus catres y se los llevaría a parrandear un poco por ahí, para depositarlos al fin del viaje en un sitio al aire libre, donde ellos también pudieran moverse en libertad y silbar a gusto.

LA DESIDIA

La desidia, arrumbada desde hace un buen rato en un rincón de la casona, al parecer mortificada por algún recuerdo de algo que no hizo, acaba de arribar a la conclusión de que así, tirada como está entre otros cachivaches, no va a llegar a ninguna parte. Entonces, una vez decidida a partir, con la cautela que la acción amerita, se incorpora e intenta dar los primeros pasos. Trastabilla un par de veces pero se esfuerza para sobreponerse y al final lo logra y se pone en marcha. Una vez alcanzada la calle, aun con la visión algo nubosa de vehículos que pasan y gentes que se apuran, la primera esquina le ofrece opciones que desconocía y que la hacen dudar y al final opta por acomodarse en un rincón, justo en la entrada de un edificio, donde es pisoteada sin distinción por los que entran y por los que salen, convertidos por las circunstancias en sus enemigos, todas personas que pueden permitirse cualquier lujo, menos el de la desidia, que estirada ahí abajo sonrío y concluye en que lo mejor será dormir una siesta. No le interesa la hora ni las escasas comodidades que el lugar le ofrece, cuestión de irse adaptando poco a poco a la nueva ubicación, lograda gracias a un esfuerzo único e irrepetible, piensa ya de última, dejándose mecer por un nuevo recuerdo que le llega no sabe de dónde, pero qué le importa, qué cuestión, por trivial o trascendente que sea, le puede importar a la desidia.

EL PERRO

El hombre siguió al perro durante muchas cuadras, hasta que lo vio entrar al descampado y después meterse en la cucha. Él también se detuvo y consultó la hora. Permaneció a una distancia en su opinión prudencial. Sin embargo, tal vez por el silencio que reinaba en el lugar, pudo escuchar cómo el perro bostezaba un par de veces seguidas y entonces, al cabo de los bostezos, lo imaginó dándose vuelta para el lado en que se sentía más cómodo y acurrucándose entre los trapos que le daban ese calorcito que tanto le gustaba, que desde siempre lo hacían sentir bien, que cada noche le facilitaban la entrada al sueño en el que un hombre lo seguía durante muchas cuadras, hasta verlo entrar al descampado y después a la cucha, donde convivían unos trapos y un reloj pulsera que marcaba siempre la misma hora.

EL FRASQUITO

Desde la finalización de la última reunión de consorcio, que no se extendió demasiado que digamos y en la que después de unas pocas deliberaciones se decidió usar la saliva del encargado del edificio como desinfectante, al pobre hombre se lo ve deambular por los pasillos, subir y bajar las escaleras como un robot o engendro similar, caminar por los pasillos con una desconfianza generalizada, farfullar frases o palabras sueltas que quedan inconclusas. Realiza sus tareas habituales con cierto embotamiento en la mirada, se mueve con lentitud y anda con un frasquito siempre a mano. Algunos vecinos tememos por su futuro en este pequeño mundo que se comunica todos los días y las noches a través del ascensor y los incineradores, pero la mayoría de los habitantes aduce tener cuentas pendientes con el encargado, al que no sin una pizca de malicia apodan "el portero". Asuntos sin resolver que van más allá de las expensas y los desperfectos caseros mal arreglados, problemas personales que atraviesan las paredes del edificio y que tienen que ver, más que nada, con cuestiones en las que su lengua influyó sobremanera en la vida diaria de los involucrados, que ahora quieren desinfectarlo todo con su saliva, incluso los cueritos de las canillas, dicen, no sin antes relamerse.

LA IMAGEN

El hombre vio, de manera algo confusa, cómo la empleada del bar le facilitaba la tarea al acercarle el cuarto o quinto vaso de whisky.

Después del primer trago, trató de concentrarse en el espejo ubicado detrás del mostrador. Quería verse representado en él. Reconocerse en la imagen, su propia imagen allí reflejada.

Al principio le costó bastante.

No lograba enfocarse.

Parecía que la imagen tuviera vergüenza, o temor, y procurara borronearse.

Sin embargo, poco a poco se fue afirmando, tornándose bastante nítida.

Al final de un proceso estimulado por varios tragos consumidos a intervalos más o menos regulares, la imagen alcanzó esa tonalidad que le venía tan bien a los planes inmediatos del hombre.

Salirse también de la realidad del espejo y entrar de una vez y para siempre en la zona del olvido que destruye todo.

EL ASOMBRO

El asombro, con los ojos bien abiertos, durante el transcurso de un día soleado a más no poder, atravesó el umbral, cerró la puerta de su guarida y salió dispuesto a ver qué pasaba de nuevo en el barrio.

Las vecinas, al principio de su recorrida habitual, tal vez por falta de confianza, algo inquietas le dijeron que no ocurría nada nuevo, que todo seguía tal cual. Después, ahí nomás, cuando vieron su gesto de decepción, las mismas vecinas se mostraron piadosas con él, dispuestas a las confidencias y, algunas con la voz tomada y otras tomando cada tanto un vasito de agua, le contaron un sinnúmero de detalles correspondientes a las dos o tres últimas semanas de actividad en la zona.

El asombro resistió los embates hasta donde le dio el cuero. Después se arqueó y ya no pudo contenerse, no encontró un límite donde desahogarse como la gente y entonces, tal vez también bajo los efectos de una insolación, reventó como un sapo y se desparramó por las calles, afectando a partir de ese episodio en especial a los pibes y pibas del barrio, que desde ese momento viven de sorpresa en sorpresa y preguntan a cada rato por la vida y sus cuestiones.

EL RESQUEMOR

Un resquemor de aspecto bastante saludable se adentró sigilosamente en la habitación del hotel. Visto a una distancia incierta, con la mirada aún no echada a perder por los vaivenes del amor, pude observar cómo se desplazaba de un em-papelado a otro, cómo se mecía y se regocijaba al compás de la música que se oía. Entonces, al parecer sin intenciones de aclarar nada, nos pusimos de acuerdo con las miradas y levanté el tubo del teléfono para pedir dos cortados. Cuando los trajeron, ella preguntó con sequedad si prefería azúcar o edulcorante. Me quedé callado, sin insinuar un gesto que pacificara los ánimos. Ahí comprendí que nunca más nos endulzaríamos las bocas como antes de que apareciera el resquemor, que mientras tanto continuaba su sobrevuelo sobre la cama deshecha a medias.

LA CLASE

La clase había comenzado un buen rato antes y el hombre seguía parado en el fondo del salón, tratando de escuchar lo que se hablaba allá a lo lejos, en el frente, donde se decían las palabras.

Si había llegado a destiempo, pensaba el hombre, no había sido tan sólo por su culpa.

Y si sus piernas se aflojaban por el peso de los años, tampoco era su responsabilidad.

-No hay ni una silla para mí -se dijo.

Con el tiempo se fue acostumbrando. La clase continuaba y él, con sus dolores y sus dudas a cuestas, trataba de escuchar lo que se decía allá lejos, en esa especie de escenario donde sucedía la vida.

EL MEDIO

No hay nada que hacerle. Permanecer en la zona del medio y bancarse las sacudidas, deriva de manera inevitable en un gran problema sin respuesta. Porque sucede que estás siempre metido ahí, donde no es arriba ni es abajo, y querés levantar la cabeza para asomarte a ver qué pasa y te dan la biaba de todos lados. Uno pretende defenderse y no emboca una palabra o un manotazo ni por casualidad. Al contrario. Sin embargo, la opinión generalizada es que los extremos son malos. Sí, claro, qué novedad, los extremos son malos porque generan violencia y la violencia es una porquería que sólo engendra males peores que la desgracia en calzoncillos. Algo por el estilo suelen decir los que tienen la manija del asunto, que pernoctan más allá de los paredones construidos para hacer rancho aparte. Entonces uno, que vive acorralado en el medio sin grupo, solamente puede optar por seguir viviendo en el mismo barrio, agacharse lo mejor posible y practicar la técnica del esquite durante las veinticuatro horas corridas, a los saltos, con un éxito más relativo que no sé qué.

LA BÚSQUEDA

El hombre, que ese día ha madrugado más de la cuenta, decide aprovechar la circunstancia y ponerse a buscar, ahí mismo, en su casa, donde su familia todavía duerme, lo que él denomina un criterio, o sea una guía, una pauta, un principio, algo así. También decide no desayunar, pues supone que la búsqueda, en ayunas, será más comprometida y ágil. Con el cuerpo liviano los movimientos no tardarán en dar sus frutos, se dice.

Sin embargo, un ruido, que parece escucharse afuera, lo distrae y le hace perder varios minutos, que de inmediato pasan a la categoría de irrecuperables. El ánimo del hombre se ensombrece y sus pensamientos se enredan sin remedio en un fárrago de ideas, que lo confunden y le hacen dar algunos pasos en un sentido y después retroceder e intentar otro camino en el que de nuevo ocurre la renovada marcha atrás, y así sucesivamente hasta trastabillar en la sala y caer sobre la alfombra. Un rato más tarde, ya reincorporándose sin encontrar dónde apoyarse, cree comprender que no hay criterio alguno al que aferrarse y que de todas formas a su alrededor existe la vida tal como se presenta, con el hambre y la sed por saber más llevándolo de las narices a buscar algo diferente.

Pero qué, se dice con un murmullo, mientras los demás duermen.

EL DESPECHO

Despechado a más no poder, con la camisa desabrochada y fuera del pantalón, el hombre tomaba el primer whisky de su vida, doble y puro para colmo. Se lo notaba con la pesadumbre a cuestras, nada que ver con el aspecto de una fiera o de un terrateniente. Sentado desde hace un buen rato a una mesa de las del medio del bar bastante antiguo, envuelto en una atmósfera con mucho de irreal, según él mismo logró reconocer y definir a partir del segundo o tercer trago. De repente, el hombre pensó que también el paladar lo engañaba, que el vaso le estaba jugando una mala pasada, que la rugosidad de la mesa no era tal, que los olores del lugar le llegaban desfigurados, que lo observado no se correspondía con la realidad y que además escuchaba una música diferente a la que debían estar oyendo las otras personas, que tal vez hasta simulaban su condición de parroquianos. Entonces se levantó con cuidado, caminó tratando de no pensar en nada concreto, atravesó una de las puertas posibles y, una vez afuera, casi en la esquina, en el piso, al lado de una baldosa rota, encontró el fajo de billetes falsos con el que se dedicaría a disfrutar de lo que restaba de su destino, un destino con mucho de falaz, donde la verdad ya no tendría cabida alguna, donde imperaría la bruma que ya lo había comenzado a cubrir, poco a poco, mientras él apretaba el fajo y se iba yendo para doblar en la esquina y perderse por ahí.

LA OBRA

Mientras miraba a través de la ventana, que desde tiempos inmemoriales conservaba el vidrio empañado, se convenció de que su trabajo más importante, a su criterio muy bien concebido y realizado, debía considerarse usando la palabra irreprochable para calificarlo con alguna justicia. Ninguna otra creación la podría reemplazar y esa certeza le produjo una especie de satisfacción desconocida hasta ese momento. También pensó, pero ya después de haber caminado unos pasos hacia la zona menos iluminada de la sala, que la inevitable acción siguiente, cuya realización debía por fuerza transferir y cargar a otros, sin lugar a dudas echaría a perder gran parte de su tarea. De todos modos, lo hecho al final derivaría, según murmuró mientras se pasaba una mano por las mejillas, en la instauración de un universo nuevo, bien diferente al original, quizá no tan irreprochable como hubiese preferido. Aun así, mirándolo ahora desde más lejos, consideró a su trabajo como el mejor posible, dadas las condiciones preexistentes, de las que no se hacía ni se haría nunca responsable, se dijo con un dejo de conformidad, entornando los párpados y quedándose así.

EL PASADO

El pasillo llegaba hasta el fondo de la casa del viejo, donde transcurrían los días una higuera, un parral y, atrás de todo, una piecita que, pegada a la pared medianera, incluía entre otros trastos una cama, una mesita y un armario. El armario no se caracterizaba por el orden y la limpieza, pero contenía una copa que el viejo usaba de vez en cuando para tomar un vaso de vino tinto y recordar otras épocas. Así, ya con el vinito incorporado, se daba ánimo y recorría el pasillo, desde el fondo de la casa hasta la puerta de calle, donde se quedaba un largo rato mirando a la gente. Allí parado, el viejo irrumpía en un estado de añoranza y recordaba la higuera y el parral esperándolo en el fondo de la casa, mientras las ganas de volver a entrar se le iban acumulando sin que nadie de los que pasaban por ahí se diera cuenta. En esas circunstancias, el pasado era percibido solamente por él, que semejaba un trasto en la vereda.

LA CONTROVERSIA

La controversia alcanzó su etapa de apogeo durante los comienzos de una madrugada que, según algunos exponentes, auguraba un día radiante de sol y felicidad a raudales mientras otros, que aseguraban tener la precisa, opinaban que se venía una tormenta de padre y señor nuestro, sin antecedentes en la zona.

Así dispuestos los bandos, con pronóstico de posturas por completo irreconciliables, llegado el momento sindicado como el promotor de la discordia, cada integrante se trenzó en lucha con un ser similar aunque perteneciente al otro grupo y por añadidura también al sexo de enfrente, y entonces de la trenzada, al menos en casi todos los casos reconocidos, con el transcurso del tiempo estipulado de manera tradicional, resultó el advenimiento de un tercer individuo, un ser humanito de lo más sencillo y gracioso que vino a poner los baberos en sus lugares, como se suele decir haciendo sonar un sonajero ante la presencia de un paquete con pañales, momento previo a las discusiones para dirimir a quién le corresponde cambiarlos primero, en una nueva controversia considerada de rechupete y que ya viene repitiéndose desde hace muchos años.

LA BARRICADA

La revolucionaria, a partir de la primera escaramuza, dedicó varias horas contra reloj a preparar la barricada con gran esmero y, aunque no consideraba que el momento se prestaba por completo a la coquetería, la dejó echa un primor, con la intención de que a los enemigos, en caso de que tuvieran algún sentido de la estética, les causara una gran pena pasarle por encima y destruirla. Y de última, si no les causaba pena o algo parecido, se dijo la revolucionaria, sería estupendo que la barricada, embellecida a más no poder por sus manos hacendosas, les produjera unas cuantas bajas definitivas a los malditos, más que nada por la fealdad de lo que sus enemigos representaban.

EL COMPINCHE

Hacía rato que mi compinche caminaba adelante y yo lo seguía, inoculado con una confianza ciega. Cuando lo vi detenerse, hice lo propio. Hasta ahí, todo normal, dentro de los cánones de cualquier conspiración en marcha. Ya cuando se dio media vuelta y me apuntó a la cabeza con la pistola, comencé a desconfiar. Pero cómo, acaso vos no eras mi compinche, le pregunté con una voz que se me iba desfigurando. Él hizo un gesto y después otro, pareció recordar, creo que hasta se emocionó un poco. Después retomó la marcha y yo le seguí los pasos a una distancia prudencial.

LA FIGURA

Apenas tomó conciencia de que ya no podría alcanzar a subir al colectivo, terminó de perder la poca fe que le quedaba y, cuando lo vio alejarse por la avenida, la figura de Dios se le desdibujó por completo.

Mientras esperaba en la parada recordó que no había apagado el gas de la hornalla y con ese motivo en la memoria subió al departamento a solucionar el problema, cosa que le resultó muy fácil, en tiempo récord, gracias a Dios, se dijo.

Una pena que poco después, ya casi llegando a la parada, se le haya escapado otro colectivo.

LA LLUVIA

Los charcos sobre la calle, mucho tiempo después de la lluvia, persisten en su primera actitud, no muestran ganas de evaporarse y desaparecer. Así las cosas, los pibes del barrio los usan desde hace meses para chapotear a gusto, con el beneplácito de la intemperie. Mientras tanto los adultos, que consideran la situación como una molestia causada por un desvío en la conducta de la naturaleza, fruncen el ceño de manera rudimentaria e imploran al cielo por el retorno de los nubarrones, a ver si de una vez por todas se llevan los charcos de vuelta al lugar de donde vinieron.

EL QUIOSCO

Cada mañana el viejo abre el quiosco a la misma hora, bien temprano. Se sienta en esa especie de banquito que usa para esperar, estira el brazo y enciende la radio, que emite un sonido algo distorsionado que él no se molesta en modificar. Está tranquilo. Conoce por experiencia la imposibilidad de que alguien se aventure a recorrer hasta el fondo ese callejón sin salida, que además es el poseedor de la peor mala fama del barrio. Tal vez por eso la mercadería se encuentra sin revaluar, vencida por demás, no como él, que abre todos los días el quiosco a la misma hora, bien temprano.

EL BASURAL

El fondo de mi casa, que carece de pared divisoria, da contra el frente de un basural. Hecha esta salvedad, cada uno es libre de imaginar la mescolanza de olores imperante en la zona que, a esta altura de los acontecimientos, ya no se sabe dónde empieza y dónde termina, si es que esta catástrofe empieza y termina en algún sitio, límite que bien podría estar demarcado por la presencia de una latita o de un pedazo de la goma de un auto o de un trapo que quedó de una ropa.

Como anillo al dedo, una anécdota.

Hace un par de domingos, después de la siesta tal vez un tanto apresurada, como me sentía con el estómago pesado, decidí salir a pasear y de paso verificar el estado general de la basura y otros desperdicios que los vecinos de la ciudad no vacilan en quitarse de encima. Supuse que subir y bajar los montículos me haría bien, que sería un buen ejercicio al que podría agregarle, en caso de ser necesario, el uso de una mirada oblicua y de un broche en la nariz.

Y no me equivoqué.

El paseo resultó, además de maloliente, muy aleccionador.

Conclusión.

La ciudad vibra y se exhibe en sus desechos y yo aprendí que bien vale la pena reconocerlos como propios y no achacárselos sólo a los demás.

LA MISIÓN

En el edificio existen una cantidad indefinida de baños. Se sabe que son muchos y se sabe también que, en general, dan un buen servicio. Cualquier persona puede entrar en ellos y salir después sin mayores problemas.

Los moradores sabemos que toda regla tiene la excepción correspondiente, la que la justifica y le da sentido.

En efecto.

Dicen que hay un baño sin puerta de salida, pero no hay seguridad acerca de esta versión.

Se ha contratado, ya desde hace mucho tiempo, de manera sucesiva, una cantidad importante de empleados para verificar esta posibilidad.

En los pasillos del edificio es vox populi que ellos en principio han cumplido con la misión asignada, aunque todavía no se les ha podido consultar al respecto.

EL AGUJERO

Al final, como es lógico, perdí la paciencia. Me arrimé a la ventanilla y, como no se veía nada a través del vidrio, me incliné y metí la cabeza en el agujero. Un poco incómodo, a los gritos pedí que de una vez por todas me entregaran el comprobante. Al rato, una voz respondió que me quedara tranquilo, porque todo estaba en orden, y también al rato dijo que al formulario ya lo habían hecho y rehecho con todas las de la ley y después mandado a certificar a uno de los pisos superiores. Con el cuello algo torcido, no le di más vueltas al asunto, comprendí que no me quedaba otra opción. Debía por fuerza apaciguar la impaciencia y aguardar mi turno. Y en eso estoy desde entonces. Con el cuerpo a disposición, aguardo que alguien del otro lado certifique que existo, así, con la cabeza metida en un agujero, en un lugar desde donde no logro ver casi nada, de pie en un sitio en el que tan sólo puedo imaginar posibilidades y hacerme preguntas y cada tanto desesperar sin llegar a mayores, mientras espero la respuesta.

EL RÍO

El río parecía navegar solo, sin ninguna necesidad del bote en el que el hombre remaba como mejor podía. No se había alejado de la orilla. Era su primera vez y un conocedor de la zona le había advertido acerca de los remolinos y las correntadas.

Cuando al hombre se le cansaron los brazos, dejó al bote derivar.

Durante un rato, miró los árboles en la costa.

La modorra no tardó demasiado en ganarle la voluntad.

Las orillas, entonces, se fueron yendo del río.

LA PLAZA

Seis o siete personas caminan alrededor de la plaza. Marchan al mismo ritmo y, algo distanciadas entre sí, piensan que es un buen ejercicio, que les hace bien a la salud, que esa actividad los mantiene en forma, que nada malo puede llegar a pasarles, al menos mientras sigan caminando alrededor de la plaza, que tiene su zona de sombras, una zona que por momentos parece querer alcanzar a los caminantes, que no se dan vuelta, que siguen con su rutina, que sólo quieren entretenerse sometidos a la luz del sol y entonces andan y creen en alguna especie de futuro posible, a pesar de los peligros que acechan fuera de los límites de la plaza.

Hasta ahí nomás

LA VOLVEDORA

Cada tanto, no sólo cuando llueve u ocurre un eclipse o muere un obispo, me acuerdo de la mujer que siempre volvía. Ella nunca se acercaba por primera vez a un lugar y se la pasaba retornando a todos los sitios que visitaba y por ese motivo los recorría en forma somera, más bien desde afuera, sabedora de que ya tendría oportunidad de regresar.

Tan sólo en una ocasión ocurrió lo imprevisto. Al parecer equivocó el camino, arribó a una zona de nieblas desconocidas y, perdida por perdida, con su mejor sonrisa puesta a prueba, decidió adentrarse.

LA ARRUINADORA

Por favor, no se resista y sea breve como un chistido, dijo la gran arruinadora, arrimándose, poniéndose a mi lado. Pero yo, en la playa, lejos de casa y de hacerle caso, la escuché como quien oye llover frente al mar y comencé a explayarme. Le conté del balde y la palita, de los castillos en la arena que supe levantar en distintas etapas de mi vida y de cómo aún hoy continúo la construcción de otros castillos, con pocas palabras, es cierto, las mínimas para que mi ilusión crezca y para que la de ella, que siempre anda cerca y reitera su pedido, demore en concretarse y entonces yo crea, una vez más, que estas pocas palabras bastarán para que al menos una de las torres construidas, mal que mal, sobreviva.

EL ROCE

El hombre, ya bastante viejo desde hacía un buen tiempo, pasaba gran parte del día estudiando la alcantarilla correspondiente a la esquina norte de su casa. Con la mirada algo nubosa, analizaba las posibilidades que podía llegar a ofrecerle. Tenía varias ideas con respecto a ella, suposiciones más bien. Entonces ocurría que, en especial los domingos, después de planear el acceso, recorría la cuadra una y otra vez e imaginaba todo un mundo bajo el asfalto, un mundo donde tal vez él todavía podía resultar necesario, aunque sea para silbar aquella vieja canción y acariciarle el lomo a las ratas y ser rozado por ellas.

EL TECHITO

A veces, cuando coincido con la hora del silencio en la ciudad y me encuentro de pie bajo el techito de una parada de colectivos, esperando el que me llevará a mi destino, le presto atención al silencio y comienzo a escuchar, a lo lejos, cada vez más cercano, el sonido de la sirena de una ambulancia. La ambulancia se acerca a la que en esos momentos es mi esquina y el colectivo no sé por dónde anda. La ambulancia lleva en su interior un solo destino y el colectivo puede albergar varios, me digo y me repito, como una letanía, bajo el titilar de algunos carteles de publicidad y otras luces que contribuyen a crear la atmósfera de angustia. Durante esos instantes, que parecen durar la muy obvia eternidad, transpiro y estiro la vista, trato de ver si a la distancia, por la avenida desierta, se acerca primero una u otra posibilidad. Hasta ahora he tenido la suerte necesaria. Llegado el momento me agarré del pasamanos y subí por las más, pagué el pasaje y en ocasiones hasta conseguí asiento al lado de la ventanilla. Pero no me la creo. Sé que alguna vez las voy a pagar todas juntas, no suspiraré aliviado al bajar por la puerta de atrás.

EL ESPECTÁCULO

Con la primera mirada del día siguiente, el cielo comenzó a echar chispas, o a lo mejor las chispas preexistían a la mirada. En todo caso, el espectáculo bien pronto comenzó a valer la pena y a causar placer y temor, a brindar certezas precarias y también a ofrecer interrogantes, y tal vez por eso la belleza del cielo deba ser retribuida de alguna forma que no alcanzamos a comprender del todo. Al menos algo así pensó la mujer que, abrazada al hombre, miraba las nubes darse el gusto del estallido mientras con su otra mano buscaba acariciar, con un movimiento tenue, una estrella apenas visible, y entonces la estrella se reveló tan fugaz como las chispas, como la mirada misma, como la felicidad que producen esos encuentros en que todo parece ensañarse a favor nuestro y al final nos queda ese sabor agri dulce de la aventura, que amenaza con recomenzar y no dejarnos tranquilos, nunca, bajo ninguna circunstancia, y está bien que así sea, dijo la mujer, porque así nacimos y así nos vamos a morir, cuando pase la tormenta.

EL ECO

En una zona de mi barrio, que no siempre está ubicada en el mismo lugar, el eco repite los sonidos con una particularidad. De cada palabra toma la sílaba inicial, la retuerce y la transforma en la última, y esa es la que finalmente se escucha, una, dos o más veces y con distintas entonaciones, según un código que el eco hasta ahora no quiso revelarme.

No me desanimo, algún día el eco me dirá lo que siempre quise saber o lo descubriré debido a mi persistencia, a mi no dejarme vencer por la sucesión de fracasos, y entonces repetiré frases enteras por ahí, a los gritos pelados en las calles aledañas, donde el eco todavía no llega a escucharse.

EL CAMBIO

El hombre, un día de semana, decidió mostrarse esquivo.

-Desde este mismo momento me comportaré muy diferente al ser tan inmóvil que fui siempre, me harté de la quietud y por eso haré del esquivar un arte y un modo de vida -se juramentó, moviéndose de aquí para allá.

Entonces, ya decidido a poner en práctica el cambio, dio los primeros pasos al estilo de una especie de torero lidiando con los muebles y eludió la ceremonia de orinar sentado. También evitó mirarse al espejo y no se lavó los dientes.

Se desanudó la corbata y se bajó el cierre del pantalón.

-Sí, andaré por ahí con la farmacia abierta, porque también voy a esquivar las rutinas y los prejuicios que me acompañaron hasta acá -aclaró para él mismo.

Un rato después, cuando a mitad de cuadra cruzaba la calle, mientras caminaba en diagonal con la mirada en posición de desafío, en sentido contrario al de la camioneta, olvidó poner en práctica la consigna del día.

El hecho sucedió en un abrir y cerrar de ojos y eso redundó en una gran pena para su cuerpo que, al ir a parar por completo a la vereda más lejana, comenzó a ser esquivado por los transeúntes, con mayor o menor suerte, él no sabría decirlo.

EL JUEGO

La primera pifia, de la que se tiene una noticia más bien provisoria, sucedió durante una engañifa ocurrida por un error de cálculo, durante una mañana de lo más ficticia, mientras las personas involucradas al menos en apariencia, que viajaban en un tren ilusorio, creían sufrir las consecuencias de un traspie o de una triquiñuela del destino y simulaban pensar en otra cosa, poco antes del descuido que derivó en un resbalón y el posterior porrazo más bien circunstancial, que terminó por darle la razón a los que aseguran que la vida es un gran ardid y nosotros las piezas de un juego pergeñado a base de equívocos.

EL BARRIO

De un tiempo a esta parte, muchas personas se han ido a vivir a unos barrios transformados en fortalezas o gallineros, según. Suele suceder que, para ingresar en el que les corresponde, los presuntos habitantes deben identificarse hasta por los poros y contar con al menos tres testigos y un perro de policía. No vale el testimonio de la familia o de los guardianes, y menos que menos el de los amigotes, eso desde ya. Así que volver a su casa, para esta clase de personas, ha dejado de ser una rutina y se ha convertido, cuando se concreta, en una gran alegría, como cuando uno regresa del exilio, por ejemplo, o de pasar una temporada en una playa con mal tiempo o en una prisión de máxima seguridad, más o menos como ésa a la que quieren ingresar sus propios dueños, para acceder a una celda dentro de todo bastante cómoda, llena de artefactos muy modernos y coloridos, con alarmas que suenan siempre y con la única contra de estar ubicada todo el tiempo dentro de los límites del barrio.

EL BARRILETE

El barrilete se recortó largo rato contra el cielo y éramos muchos los espectadores que disfrutábamos mirándolo. Cuando el pibe decidió retirarlo, comprendimos que ya era demasiado tarde, que el agua de los nubarrones nos alcanzaría antes de que pudiésemos ponernos a resguardo.

LA ESPINA

El pensamiento de que ella me engañaba a cualquier hora no dejaba de darme muy mala espina, me pinchaba la mente que, sometida a tal operación, parecía dar alaridos filosos, que a su vez me ponían los nervios de punta.

Un buen día, algo más sereno aunque con el temor a flor de piel, le compré un lindo ramo de rosas al señor que vende flores en la esquina. Ahí nomás, al ver mi aspecto y los adornos, el florista pasó a contarme todo lo relacionado con sus varios desengaños y entonces, hermanados por la desgracia en forma de cuernitos bien puestos, eligió para mí los ejemplares más espinosos y armó un ramo que, visto a una cierta distancia, a la luz del fin de esa tardecita, no aparentaba contener ninguna amenaza.

Para decirlo en menos de lo que se deshoja un pétalo para establecer si triunfa la verdad o si, como suele suceder, se lleva los laureles la mentira.

Hace una semana que duermo sobre un lecho de rosas bien afiladas.

Las heridas en mi cuerpo, lejos de cicatrizarse, se estimulan unas a otras, se agrandan al compás de una música ligera que cada tanto me desvela y, cuando me doy vuelta para retomar el sueño en otra posición, siento que ella, en ese mismo momento, en su habitación o en otra, convertida en un capullo, también se está dando vuelta.

EL PROYECTO

Habría que fundar una verdadera ciudad literaria, dijo el profesor en su charla. Pero lo dijo al final y casi en sordina, a lo mejor porque no creía lo suficiente en el proyecto.

La cuestión es que el profesor abandonó la clase y caminó hasta el parque. Allí se dedicó a meditar sobre los pormenores necesarios para encarar la obra recién avizorada y de la que él mismo se había anoticiado al exponerla ante sus alumnos.

Un espacio apropiado es lo primero que debo conseguir, se dijo.

Claro que ese detalle no le pareció tal, más bien se le presentó con las dimensiones de la infinitud imprescindible para contener los edificios y en ellos los libros, que por otra parte seguirían sumándose a cada minuto.

Así, sumando tribulaciones y conjeturas, buenas intenciones y desmejoramientos, transcurrió la jornada hasta que alcanzó a apoyar la cabeza en la almohada, que se abrió para dejarle el hueco y con él una pizca de esperanza.

Porque la ciudad literaria podría prescindir sin ningún drama de las calles y las veredas, ya que las personas no tendrían necesidad de salir de los edificios, pues estos contendrían el universo, murmuró el profesor, aún no del todo acomodado, poco antes de abandonarse por completo al sueño.

LA PIZZA

El hombre dobló la caja que había contenido hasta hacía un rato la pizza e intentó introducirla en el tacho especialmente preparado para recibir lo que conocemos, a falta de otro apodo más superador, como "la basura".

Entonces la caja, en lo que podría denominarse una venganza quizás algo demorada, se desdobló en varias porciones y enseguida sacó a relucir sus restos de mozzarella y con ellos apretó los dedos del hombre, que se encaprichó en relacionarse hasta que le dio el cuero y la lengua.

Ya en lo que sería el último acto del drama más casero que real, la escena se vio convertida en una mezcla de sabores que no auguraba un futuro muy promisorio para ninguno de los contendientes, y fue así nomás porque, alertado por el griterío de los vecinos, que no deseaban verse involucrados en un asunto por demás aceitoso y que chorreaba rencor, el incinerador del edificio se recalentó y, haciendo caso omiso de sus limitaciones originales, luego de desplazarse a través de los pasillos, entró al departamento a poner fin a la trifulca y ahí nomás acabó hasta con los carozos de las aceitunas que, justo es decirlo, no ofrecieron la misma resistencia que el hombre.

EL TANGO

El tango había comenzado a sonar y yo, mientras tanto, adiviné el parpadeo de las luces y de los ojos de ella que, sentada en la cama, me daba la espalda.

Un reflejo más bien pálido se extendió por la habitación, desde la que se podía imaginar el cielo con sus estrellas y no mucho más.

Sin embargo, después de las primeras indiferencias, existió ahí adentro un soplo de vida y entonces volvimos a abrazarnos, cada uno en lo suyo pero con la tristeza compartida, que parecía andar errante entre las sombras que nosotros mismos habíamos creado un rato antes.

La esperanza se tomó su tiempo, hasta que al final nos dio una mano y logramos salir de ahí, como dos viajeros que huyen.

EL PARAPETO

Desconozco el origen del parapeto. Al parecer, el propósito original de semejante artefacto consistió en resguardarnos de los peligros y por eso lo llamamos así.

Pero existen razones para desconfiar.

Desconfío, por ejemplo, del tipo que desde hace un buen rato viaja sentado a mi lado en el taxi, que se dice mi amigo, o un antiguo socio, y que me habla con una familiaridad que asusta, que me hace desear tener a mano el dichoso aparato de defensa para separarme de hecho de este compañero de viaje, sin necesidad de firmar una solicitud de retiro, o de silencio, porque además intuyo que el trayecto será más largo de lo que en un principio imaginaba, con la cabeza así, puesta a desconfiar.

El taxista, mientras tanto, parece ajeno a lo que ocurre en el asiento trasero. Maneja como se le antoja y dobla cuando se le da la gana. Parece seguro de su destino, que debería ser el nuestro si no fuera porque a través de la ventanilla no logra verse nada, al menos nada que no sea la ciudad sometida al capricho de los parapetos diseminados por ahí, pero que al parecer ya no tendrán ninguna influencia en lo que pueda ocurrirme, aquí dentro, donde no reconozco a nadie y sin embargo voy con ellos, los tres juntos, ¿hacia dónde?

LA VERDAD

El primero en acercarse a decirme la verdad, no necesitó arrodillarse.

La segunda vez, recuerdo muy bien el hecho debido a los ruleros, fue una mujer vestida de entre casa.

Y ya después se sucedieron en mi vida tantas verdades que no quisiera mentirles ahora yo a ustedes al arriesgar un número.

Pero ya que insisten, pongámosle equis cantidad de veracidad puesta al servicio de la pérdida de mi inocencia, inocencia que no sé si recuperaré algún día, o más bien si deseo recuperarla. Es que se está tan bien así, en medio de la mentira, con ustedes de un lado y del otro, conformando entre todos una fábula que, al menos por momentos, merece ser contada, aun con el final ya sabido, que uno insiste en poner en duda.

LA COINCIDENCIA

La coincidencia no tardó en producirse.

Cierto que unos pocos momentos antes, en el caso de las dos partes involucradas, dio algunas vueltas al azar y realizó unas cuantas piruetas, pero al final no cedió a un par de pretensiones esbozadas por los contendientes ubicados todavía a mitad de sendas cuadras y se avino a ocurrir en el lugar propicio.

La esquina de marras parecía haber sido construida con el único propósito de hacer coincidir a los dos transeúntes que, finalmente, se toparon allí hasta quedar expuestos frente a frente, un hombre y una mujer, aunque suene descabellado o tirado de los pelos, cosa de película o de telenovela.

Pocos segundos después del topetazo, ambos se fueron levantando apoyándose uno en el otro, los magullones se esfumaron como por arte de magia y aparecieron las primeras sonrisas, las disculpas del caso, unos instantes de silencio, el tanteo visual, el reconocimiento de los cuerpos, los gestos de aceptación, unas pocas palabras, el acuerdo, la mano en el hombro, el cambio de rumbo de uno de ellos, la desaparición no forzada de los dos juntos, que por esas cosas del destino nunca más volvieron a la esquina, que a todo esto parece hecha a propósito, y no sólo eso, no da señales de arrepentirse por provocar estos encontronazos, tal vez porque no sabe o no le importa cómo terminan.

LA INSOLACIÓN

Quando el hombre comenzó a percibir la insolación como una dificultad a vencer, ya se había adentrado bastante en lo que vendría a ser una especie de planicie más bien seca, tirando a árida sin contemplaciones, donde la intemperie podía vislumbrarse y sentirse sin solución de continuidad.

La aparición de una iguana al costado de unas rocas, le resultó muy fácil de catalogar como un espejismo que reptaba sobre el polvo, sin otra finalidad que asustarlo e intentar ponerlo de mal humor.

Al cabo de unos pocos pasos que lo aproximaron a la posibilidad de trastabillar en el arenal, recordó la sombra de un árbol que en su oportunidad despreció sin miramientos para ponerse a tomar sol a un costado.

Casi sin fuerzas para cargarse de culpa, bronceándose en un mar de dudas, con los labios a punto de terminar de cuartearse, se decidió por la opción de los trancos largos, más que nada para arrimarse lo antes posible al oasis que no quedaba tan lejos, al menos según sus cálculos, que tal vez adolecían de alguna falencia, producto de la luz que lo iluminaba y guiaba su camino.

Así, ya convertido a la fe de su nueva religión, tomó los hábitos y al cuarto o quinto trago empezó a sentirse mejor, con fuerzas para andar y predicar en el desierto.

LA ZANJA

La zanja, aparecida en pleno centro de la ciudad, ya de entrada comenzó a concitar la atención hasta de los menos curiosos.

Al principio, en medio de una nebulosa, nos conformamos con fotografiarla desde todos los ángulos posibles e imaginar distintos orígenes o causas. También se debatía acerca de su posible finalidad, si es que tenía alguna, o varias.

Estas elucubraciones no duraron mucho.

Un grupo se adjudicó la idea y se organizaron excursiones para visitarla y recorrer sus bordes. Además, los turistas llegaban desde todo el mundo y se complacían en elogios y le adjudicaban una cantidad indefinida de misterios.

El comercio en la ciudad alcanzó un estado de bienestar en el que muchos creímos advertir la eternidad y una parte de sus beneficios.

Pero nada que ver.

Con el correr del tiempo, la zanja fue cayendo en el olvido y nosotros en la zanja, que al parecer no piensa en otra cosa, sólo en alimentarse con los que van olvidando su existencia y se ofrendan.

EL SECRETO

El hombre solía pensar en las guerras de todas las épocas, aunque nunca había participado en una, ni siquiera en la denominada "guerra fría".

Era su secreto.

Cuando disponía de un rato libre, en medio de la vida cotidiana, se abstraía en la visión de distintos combates y, a veces, hasta el olor a muerte se le impregnaba.

En una ocasión, mientras esperaba en la cola del supermercado para pagar, sintió cómo la herida se le abría en un costado. Para colmo de males, la cola parecía haberse detenido en un punto desde donde no se alcanzaba a divisar a los soldados enemigos y así, sangrando en una cantidad aceptable aunque no tanto como para hacer un escándalo que alarmara a los otros clientes, tratando de taponar la hemorragia con un pañuelo que ya no soportaría la carga por mucho tiempo más, el hombre llegó hasta las proximidades de la cajera. Apenas la vio dar un vuelto, se adelantó a su turno y pidió agregar una venda en su changuito y en su cuenta, y si por favor alguien del bando de los aliados se la podía ir a buscar al estante correspondiente, antes de que sea demasiado tarde para todos, dijo, granada en mano.

EL BOQUETE

El boquete en la pared, visto desde la posición en la que había quedado el hombre que lo miraba, le pareció todavía demasiado chico. En todo caso, pensó el hombre, recién se había producido y de ahora en más sería cuestión de tener paciencia, de saber contar los días sin apresurarse. Debía darle el tiempo necesario para que lograra ensancharse lo suficiente como para permitirle el paso y con él la salida al exterior. Mientras tanto, sin nada más que hacer, el hombre intuyó un mundo por descubrir y el tamaño del boquete se le presentaba como el único obstáculo. Entonces, con una dosis de confianza depositada en los futuros movimientos telúricos, se acomodó en el sillón con vista a la todavía precaria salida, se agarró fuerte de los bordes y, confiado en el respaldo, comenzó a esperar.

LA PARCA

Despertó en su lecho de muerte. Lo reconoció al instante, apenas abrió los ojos, sin tiempo para arrepentirse. Además, como para confirmar la certeza de la parca ahí presente, comprobó con la nuca que la almohada formaba el hueco perfecto para su cabeza. Unos instantes después, con el resto del cuerpo se percató de que ya no sufría los dolores de la noche anterior. Entonces, mientras trataba de no guardarse nada adentro, intentó repasar con el pensamiento las cosas que hubiera tenido que hacer sin falta ese día. Al finalizar el breve inventario, sonrió feliz al imaginar la extrañeza de sus compañeros de oficina cuando, al ir llegando uno más tarde que otro, no lo vieran sentado como fierro, derecho estilo mástil en la silla correspondiente a su escritorio. Habían sido tantos largos años intachables que en seguida la imagen le dio mucha risa, una risa incontenible, verdaderamente espontánea, tal vez no muy contagiosa pero sí mortal, se dijo.

ÍNDICE

El aviso	9
La puerta	10
El error	11
El lápiz	12
La muchedumbre	13
La playa	14
El temblor	15
El viento	16
La desidia	17
El perro	18
El frasquito	19
La imagen	20
El asombro	21
El resquemor	22
La clase	23
El medio	24
La búsqueda	25
El despecho	26
La obra	27
El pasado	28
La controversia	29
La barricada	30

El compinche	31
La figura	32
La lluvia	33
El quiosco	34
El basural	35
La misión	36
El agujero	37
El río	38
La plaza	39
La volvedora	40
La arruinadora	41
El roce	42
El techito	43
El espectáculo	44
El eco	45
El cambio	46
El juego	47
El barrio	48
El barrilete	49
La espina	50
El proyecto	51
La pizza	52
El tango	53
El parapeto	54
La verdad	55
La coincidencia	56
La insolación	57
La zanja	58
El secreto	59
El boquete	60
La parca	61



Se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
IMPRESOS S.A.
Vera 3825 (3000) Santa Fe
República Argentina
en el mes de septiembre de 2014
impresossa@gmail.com

